

universo

Antología de ciencia-ficción contemporánea
seleccionada por *Terry Carr*

Gregory Benford
Edward Bryant
Gerard F. Conway
George Alec Effinger
Gordon Eklund
R. A. Lafferty

Barry N. Malzberg
Edgar Pangborn
Joanna Russ
Robert Silverberg
Wilson Tucker

1



Universo: antología de relatos de ciencia ficción nunca publicados anteriormente. Los relatos tendrán lugar en el universo de los astros del tiempo, de la magia. Cada uno de ellos es por supuesto su propio universo.

Universo 1 incluye: «Buenas noticias del Vaticano», de Robert Silverberg; historia de la elección del primer Papa robot, que le valiera a su autor la obtención del premio Nebula 1972. «Todas las guerras finales al unísono», de George Alec Effinger; probablemente, el mejor relato del volumen, nominado para el premio Hugo de 1971, nos interna en el abismo de nuestros traumas interiores. «Un pobre hombre, un mendigo», de Joanna Russ; una historia de fantasmas muy poco convencional situada en los tiempos de Alejandro. «Cerro Caridad», de Edgar Pangborn; toda la historia humana vista a través de los ojos de un grupo de seres que no tienen absolutamente nada de humanos. Y otros ocho viajes a los más lejanos confines de la imaginación.

Índice de contenido

Cubierta

Universo 1

Introducción

La caída del viento oeste

Buenas noticias del Vaticano

Jade azul

El lado humano del monstruo de la ciudad

Ni en islas de caliza por el cielo

Exposiciones de tiempo

Nave mental

Notas para una novela sobre la primera nave a Venus

Un pobre hombre, un mendigo

El romance del doctor Tanner

Cerro Caridad

Todas las guerras finales al unísono

Terry Carr

Bibliografía recomendada

INTRODUCCIÓN

UNIVERSO 1 inaugura una serie de antologías de relatos de ciencia-ficción que no fueron publicados anteriormente. No es de ningún modo la única serie de ciencia-ficción de este tipo; aparte de *ORBIT* de Damon Knight, *INFINITY* de Robert Hoskin, *QUARK* de Samuel R. Delany y Marilyn Hacker y otras, existió la serie pionera en antología de relatos originales: *STAR SCIENCE FICTION*, editada por Frederik Pohl veinte años atrás y aún recordada con cariño por sus lectores. Pero *UNIVERSO* será, espero, algo diferente.

Si todas esas series son diferentes, lo son al menos por el hecho de que todas son seleccionadas por personas diferentes, con gustos muy diversos. Algunos editores suelen pensar que lo que están publicando no es ciencia-ficción, sino, más bien «ficción especulativa», un rótulo que les otorga más status a los tipos de relatos que pueden publicar. Delany y Hacker, en *QUARK*, están experimentando con carpetas de dibujos y con la mención del nombre del autor, no al principio sino al final de los relatos; otros editores, como Knight en *ORBIT*, se rehúsan a preocuparse por el aspecto gráfico, por una tipografía especial para los títulos de los relatos o incluso por aclaraciones introductorias a los mismos.

UNIVERSO es sobre todo una serie de ciencia-ficción; se podrá encontrar aquí, ocasionalmente, alguna narración fantástica, pero esta será alguna que me gustó tanto que no pude decidirme a excluirla... y de ningún modo habrá en ella «ficción especulativa». Comprendo el uso del término por parte de otros, respeto sus deseos de romper con encasillamientos y estoy impresionado por una cantidad de relatos que descansan en la red de seguridad de la «ficción especulativa»; pero pienso también que los límites y rótulos existen por un

propósito muy simple y elemental: que la gente pueda saber la clase de relatos que está comprando.

Elijo el título de UNIVERSO, porque puede aplicarse tanto a la fantasía como a la ciencia-ficción: los relatos que se leerán en esta serie tendrán lugar en el universo de los astros, del tiempo, de la magia. Cada relato es, por supuesto, su propio universo; define las leyes naturales que actúan, la época en que los hechos suceden, la cultura que afecta las acciones de los personajes. De este modo hay doce universos en este volumen inicial; algunos son universos de ciencia (como en *La caída del viento oeste*), algunos son universos que incluyen espíritus bastante peculiares (como en *Un pobre hombre, un mendigo*), algunos son universos satíricos (como en *Todas las guerras finales al unísono*)... y así sucesivamente. Para resumir, este es un libro de mundos.

Aquí, entonces, está el primer número de la serie: *UNIVERSO 1*. Un libro bastante especial: se enviaron anuncios de su publicación inminente solo a escritores de ciencia ficción conocidos, con el resultado de que TODOS los relatos enviados para este volumen provinieron de escritores que ya han demostrado su habilidad para escribir ciencia ficción profesionalmente. (Normalmente, un editor trabaja para dos tipos muy diferentes de envíos, los de los profesionales y la «pila de basura», o sea los manuscritos enviados por escritores principiantes. UNIVERSO no tiene pila de basura.) Sin embargo, he leído unos cien relatos para seleccionar los doce que componen este libro.

En estos momentos estoy leyendo y adquiriendo relatos para el segundo volumen, *UNIVERSO 2*. Confío tener el libro en los estantes de las librerías para noviembre de 1971. Después que los lectores hayan leído este primer número, espero que estén aguardando el segundo.

Terry Carr, 1971

Nota: En la actualidad han aparecido siete volúmenes de *Universo*, los cuales serán publicados regularmente por Ediciones Andrómeda, hasta que normalicemos su frecuencia, esto es, una vez por año. Cuando Terry Carr lanzó el primer volumen, el que ustedes se aprestan a leer, ignoraba la repercusión que los mismos iban a tener. Hoy, en 1977, la serie *Universo* es una de las más prestigiosas y buscadas por los lectores de ciencia-ficción ingleses. Esperamos que también lo sea por los de habla castellana.

J. A. Sánchez y R. Lima

Gregory Benford

Es uno de los tantos científicos, en este caso un físico, que escribe ciencia ficción en sus ratos libres. Su primer libro publicado, Deeper than the Darkness (Ace, 1970) lo ha asentado firmemente en la preferencia de los lectores. Vive en la bahía de San Francisco, donde, en la época que se publicó esta antología, era vecino de su gran amigo Gordon Eklund.

Gordon Eklund

Nació y creció en Seattle, Washington. Antes de ser escritor profesional hizo todo tipo de trabajos, desde cartero a jefe de una oficina postal. Ha publicado numerosos cuentos y varias novelas desde la aparición de su primer libro, The Eclipse of Dawn (Ace, 1971) hasta el último, The Grayspace Beast (Doubleday, 1976). En 1975 recibió el premio Nébula al mejor cuento corto por su relato If the Stars are Gods (en colaboración con Gregory Benford), el cual será publicado en Universo 4. Actualmente reside con su esposa e hijo en El Carrito, California.

GREGORY BENFORD Y GORDON EKLUND

LA CAÍDA DEL VIENTO OESTE

(West Wind, Falling)

- 1971 -

Se detuvo. Flotaba.

Allí adelante estaba Céfiro, un punto negro en el ojo del Sol, rodeado por el tenue halo luminoso de su cabellera: roja, anaranjado metano, divina. La cola apenas empezaba a ondear y a retorcerse (acababan de cruzar la órbita de Marte), pero nadie en Céfiro veía las hebras de gas ionizado danzando al caer de la cabeza del cometa, más y más veloces a medida que se acercaba al sol. Céfiro estaba demasiado cerca para ellos. La cola del cometa se desplazaba a lo largo de setecientos mil kilómetros a partir de la roca en la que Paul había vivido toda su vida, y ya se sabe que un cometa solo puede contemplarse bien desde su flanco. Los de la Tierra sí que estaban bien ubicados para ver el espectáculo. Si es que tenían algún interés.

Su vehículo tintineó, murmuró, se deslizó debajo de él; los sensores de masa se habían afinado en Céfiro y estaban cumpliendo con su función de estudiar la roca que se precipitaba para tratar de encontrar nuevos metales: ¿zinc para construir láminas de intercambio iónico? *No*. ¿Cobre? (siempre hacen falta buenos conductores). *Tampoco*.

—Máquina idiota —dijo Paul y cambió el control automático a manual.

Los sensores no encontraron nada porque la primera corteza, de tres kilómetros de profundidad, era hielo puro: hidratos de amoniaco, metano e impurezas varias (pero eso sí, las impurezas son las que hacen la diferencia, las que le dan a Céfiro un sabor peculiar). Una bola de nieve con una roca en el medio. Céfiro: el hogar.

El viento oeste: esa fue la definición que encontró Paul en el diccionario a los nueve años. O bien: *algo liviano, eté-*

reo o *insustancial*, otra definición. (¿Por qué habrá más de un significado para una misma palabra? pensó en aquel momento. Parecía poco práctico. Claro que solo tenía nueve años.) Ahora le parecía más adecuada la segunda definición. Los cometas son insustanciales; Céfiro era una tibia bufanda de gas atada a una roca negro azabache, que se precipitaba hacia la mueca solar.

Pero solo *ahora* resultaba adecuada la segunda definición. Veintisiete años atrás, al nacer Paul, el gas ondulante era hielo puro que flotaba sin rumbo junto con la roca y exploraba la oscuridad total más allá de Plutón. En aquel tiempo hacía mucho frío incluso en el corazón de Céfiro, pero Paul no podía acordarse.

Su búsqueda había terminado. Desvió ligeramente el vehículo para sincronizarlo con la rotación de Céfiro, encontró la cámara de entrada principal e hizo deslizar su módulo por allí. Las paredes de la cámara eran de plastiforma rígida y dejaban pasar algo de la luz acuosa del manto de hielo. Los tres kilómetros pasaron rápido. Llevó el vehículo hasta su amarradero, ayudó a uno de los encargados de la esclusa a asegurar la bolsa de desperdicios metálicos que había encontrado y salió.

El encargado salió tras él.

—¡Eh! —lo llamó—. ¿La vio?

—Si vi ¿qué?

—La Tierra.

—Ah... sí.

—Bueno y ¿cómo es?

—Hermosa. Blanca, casi toda blanca. No pude ver la Luna.

El viejo asintió con entusiasmo. Paul notó que quería que le contase más, pero no había más que contar, en realidad. La Tierra era un punto brillante, nada más. El encargado parecía tener sesenta años, por lo menos; Paul creyó reconocer en él al viejo Resnick. Para un hombre de esa edad, la Tierra significaba algo. Para Paul, nacido en Céfiro,

la Tierra era una voz opaca e impersonal que casi siempre daba órdenes y de vez en cuando brindaba ayuda.

—Eso es todo —dijo Paul, y se dio media vuelta.

El reloj del corredor le indicó que ya era la hora de la reunión. Ufa, más diatribas. Había estado escuchando diatribas por todas partes últimamente. Todo el mundo se había convertido en teórico de la política. Pero el hecho de pertenecer a la familia más importante en cierto modo lo obligaba a dar la cara. Y en el peor de los casos siempre iba a poder reírse un poco a costa de Elías.

Bordeó con toda calma los pasillos helados; se oía el murmullo lejano de conversaciones; aspiró el aire con olor aceitoso —los filtros de aire estaban saturados— (Dios mío, ¿tendría que volver a hablarles a esos idiotas?) con un lejano olor a comida; sintió un ligero descenso de la gravedad aparente a medida que subió corriendo tres niveles (hacia adentro, hacia el centro de Céfiro); la sonrisa de un amigo que pasa al lado; apura el paso y llega a la reunión con cinco minutos de atraso.

Paul encontró una silla desocupada en la primera fila y se dejó caer en ella. Paseó la mirada por el salón. Allí estaban los representantes de la tercera generación, casi cincuenta hombres, todos menores de cuarenta, y un número casi equivalente de mujeres. Elías estaba de pie frente a ellos, arropado en su propia dignidad, y le dirigió una sonrisa a Paul.

—Ahora podemos empezar —dijo Elías, levantando la vista—. Paul ya está aquí, y nadie ignora lo importante que es para nuestra causa.

Uff, pensó Paul mientras dejaba de prestar atención. Echó una ojeada distraída a la muchacha que estaba sentada a su lado. Era menuda y tenía un cabello increíblemente rojo —¿quién sería portador de esos genes en la segunda

generación?— y pecas que le bailaban en las mejillas pálidas. Cubriéndose la boca con una mano, murmuró:

—¿No eres Melinda Aурten?

La chica dijo que sí y Paul sintió que empezaba a excitarse. No podía tener más de diecisiete años y jamás había hablado con ella antes. Al inclinarse para seguir habiéndole sintió un ligero remordimiento. *Una vez más, ¿no es cierto? Tanto como para mantenerse en forma.* Ser un tipo importante siempre tiene sus ventajas, merecidas o no.

—Yo digo que tenemos que plantear nuestras exigencias *de inmediato* —decía Elías, con una voz tal vez demasiado chillona—. Y deberán admitirlas. Somos la tercera generación. Somos los que más tenemos que perder, los que tenemos más vida por delante. La primera es demasiado vieja... la mayor parte de sus mejores hombres ya están muertos. La cuarta es demasiado joven.

—¿Por qué no te había visto antes? —Le susurraba Paul a Melinda—. ¿Tendré siempre tan mala suerte?

—Yo estuve aquí —dijo ella—. No te fijaste... simplemente.

Se oyó la voz de una muchacha desde el fondo del salón:

—¿No podemos esperar hasta que...?

—¡Esperar! —dijo Elías airadamente—. *¿Esperar?* Los cohetes que vienen de Luna llegarán dentro de un mes. *Un mes.*

—¿Por qué dices eso? —dijo la voz—. ¿Te lo dijo Randall?

—Me temo que no tuvo tiempo —respondió Elías con sorna. Le echó una ojeada a Paul, que le devolvió la sonrisa y se inclinó para tomar la mano de Melinda.

—Pero tiene que haber alguna razón para que nos recojan en la curva interna de la órbita, en lugar de la externa como habían planeado —dijo la chica.

Paul la conocía. Era Zanzee, una morena con la que había compartido el cuarto, siete años atrás. Recordaba muy

bien su risa burbujeante. En fin... Bueno, pero allí estaba Melinda.

—Randall dice que fue una decisión de tipo administrativo de la Tierra. Quieren todos nuestros registros para la órbita completa de setenta y tres años. *Según Randall*, además, el encuentro de este lado de la órbita es un poco más barato. ¿Alguien puede confirmarlo?

—Yo controlé esa información —dijo Paul, con los ojos todavía fijos en Melinda. Ella lo miraba por entre las pestañas—. Es una cuestión de pura balística. Es un poco más barato, no demasiado.

—De modo que es un pretexto —dijo Elías—. Quieren sacarnos de Céfiro antes de que nosotros, la tercera generación, tengamos tiempo de organizarnos. Randall sabe muy bien lo que pensamos.

Paul se inclinó muy cerca de Melinda y, pegándole los labios al oído, le dijo:

—Vámonos de aquí.

—¿Ahora? Pero...

—Ahora.

La voz de Elías tenía una tonalidad más cálida, más segura.

—No tenemos alternativas. La cuestión es en realidad muy sencilla. ¿Nos quedamos en este mundo, que es nuestro, o nos vamos al que llaman nuestro planeta madre? Yo tengo mi propia respuesta para esta pregunta. Pero no puedo responder por los demás. ¿Qué dicen ustedes?

Paul se puso de pie y arrastró a Melinda consigo. Cien pares de ojos parpadearon y centellearon.

—¿Paul? —Dijo Elías—. ¿Adónde...? No puedes...

Risas.

—Estoy cansado —dijo Paul, volviéndose hacia él y dedicándole una sonrisa de compromiso—, más cansado que un tronco viejo. Tengo que ir a la cama.

Más risas y Elías que se sonroja y baja los ojos al suelo. Mientras avanzaba por el corredor, con su brazo derecho

rodeando la esbelta cintura de Melinda, Paul oyó que decían:

—*Quédate. Quédate.*

Y pensó: «Elías domina a las masas, lástima que sea un plumazo».

En un intervalo que duró una hora y veintiséis minutos:

—¿Tienes sarampión?

—No seas tonto. Bien sabes que no.

—Pero tienes manchas por todas partes... hasta... aquí.

—Sí... Ah.

Una pausa, y:

—¿Por qué no te recuestas? Ya no das más.

—No es eso. Estoy un poco nerviosa.

—¿Por nosotros?

—No. No exactamente. No es la primera vez, como te imaginarás.

—Bien.

—No, calma.

—Me pregunto qué es lo que planea hacer Elías.

—¿Elías? Nada. Es incapaz de ponerse los zapatos sin un manual de instrucciones.

—Sus discursos son...

—Una catarata de mentiras y omisiones, como dijo un poeta.

—Creo que...

—Veamos, este brazo va aquí, esta pierna allí y...

Caminó un rato sin rumbo fijo; los corredores se movían como lentos glaciares, a lo largo de las salas de proyección. Sintió un arrebató y se paró a mirar. El mamut tridimensional que estaba montado contra una pared se había reconstruido ensamblando trozos dispersos varios años después de que saliera la expedición Céforo. Paul había pasado horas allí, mirando cómo Neptuno se deslizaba majestuosa-

mente o simplemente estudiando las estrellas. Ahora, en cambio, miraba el vacío, dejando que sus negras manos hicieran presa de todos sus sentidos.

Era el único modo de mirar el vacío sin tener que salir en un vehículo de exploración. La vida de toda la expedición dependía de la capa de nieve de metano y de amoníaco que los mantenía encerrados en la roca. La nieve misma estaba cubierta por un manto de plastiforma flexible que evitaba que se evaporara la mayor parte del gas. La sociedad que vivía en el corazón de la roca derretía la nieve para obtener las materias primas —nitrógeno, carbono, hidrógeno, oxígeno— que alimentaban las granjas hidropónicas y proporcionaban combustible para los reactores de fusión. Vivimos del viento oeste, pensó Paul, y el vacío se alimenta de nosotros.

Paul dirigió la mirada hacia la Tierra. Espesas nubes blancas; debajo de ellas mares de un azul brillante y manchones de tierra marrón desértica. La veía y no acababa de comprender: era hermosa, bellísima, refulgente de vida humana y sin embargo los video tapes de trideo que había visto mostraban gente hacinada como perros; alimentos racionados; guerras y motines; tonos sombríos y grises.

La mayor parte de la gente que llenaba las salas de trideo pertenecía a la primera generación, y miraba la pantalla como con hambre. Paul los observó. Después se fue.

Recordaba los rincones y los recodos del vivero que los hombres habían cavado en la roca. Lugares en los que había estudiado, amigos que después había perdido, los tempranos y sudorosos escarceos con su primera chica. ¿Acaso no había temblado ella cuando él la tocó? ¿Y no había temblado él también?

Y ese era el lugar... sí, donde Randall había tenido que enfrentar a una manifestación de rebeldes, irritados por la gran cantidad de horas que había llevado reparar los fermentados tanques hidropónicos.